

diferencia en el día en que separarán á los escogidos de los réprobos. Ahora es necesario, y que yo exponga á la posteridad un espectáculo digno de su atención. Este es el del triunfo del once Mártires que sufrieron la muerte con el ilustre Pánfilo, aquel amigo, cuya memoria me es infinitamente amable. Su número correspondió al de los Profetas (1), ó por mejor decir á el de los Apóstoles; pero las gracias de que sus almas estaban adornadas, eran ciertamente gracias de Apóstoles, y de Profetas. Era Pánfilo la cabeza de ellos, y todos le cedían sin envidia el primer lugar; tanto por la dignidad de Presbítero, de que estaba revestido, como por el relevante mérito que adornaba su persona. En efecto, era un hombre en quien todas las virtudes se hallaban dichosamente unidas. El amor del retiro, la huída del mundo, una oposición como natural á todas sus máximas: el desprecio de los honores, á los cuales hubiera podido aspirar legítimamente: una caridad que le despojaba de todo en favor de los pobres: una vida frugal, laboriosa, y que pasaba en los ejercicios de la mas austera filosofía: sobre todo, una loable, é inocente inclinación al estudio de las santas Escrituras: una continuacion al trabajo, que jamás se cansaba: una perseverancia en las cosas que emprendía, que no sabía lo que era afloxar en ellas: una aplicacion

in-
 (1) Los doce Profetas menores.

infatigable á la lectura: una diligencia sin precipitación, ni apresuramiento: un humor alegre, accesible, y siempre pronto á hacer bien. Nada diremos de las demas virtudes suyas, ni de una infinidad de acciones, dignas juntamente de imitación, y de alabanza, que hizo, y pidien un discurso mas dilatado. Si alguno quiere tener la curiosidad de saberlas, las hallará en una obra separada que hemos compuesto de su vida en tres libros.

34. El segundo después de Pánfilo, que se señaló en este combate, fue Valente, Diácono de la Iglesia de Elia (1). Era este un aciano respetable por sus canas, y cuyo aspecto solamente imprimia veneracion. Poseía perfectamente la sagrada Escritura: sabíala toda de memoria; de suerte, que era para él una misma cosa, ó léerla con el libro en la mano, ó recitar de memoria páginas enteras. El tercero que entró en el campo de batalla, se llamaba Pablo, persona de un espíritu vivo, todo de fuego, lleno de zelo, y de fervor; y que antes que hubiese alcanzado la corona de Martir, habia merecido la de Confesor, como tambien á Pánfilo.

35. Ya habia dos años que estaban presos; pero la llegada de los Christianos de Egipto adelantó el tiempo de su martirio, y estos últimos partieron con ellos la gloria, habiendo derramado sobre todos los tormentos. Después de haber

(1) Jerusalem: pero no era conocida baxo este nombre; lo tomó baxo los primeros Emperadores Christianos.

do todos juntos su sangre en el mismo lugar, y por la misma mano. Estos caritativos Egipcios habian acompañado por honor hasta Cilicia á los Confesores, desterrados á ella para trabajar en las minas; y como se volviesen á su país, teniendo que pasar precisamente por Cesaréa, fueron presos por los guardas de las puertas, que como hemos dicho, tenían orden de examinar con cuidado á todos los extranjeros que se presentaban para entrar por ellas. Estos habiendo sido preguntados por los guardas quiénes eran, y de dónde venian, respondieron sin andar por rodeos, y sin buscar excusas, que eran Christianos, y que venian de acompañar sus hermanos á las minas de Cilicia. No fué necesario mas para hacerlos reos. Apodéranse de ellos como de una vándada de ladrones cogidos en fragante delito. Eran estos cinco. Condúxoseles sobre la marcha al Gobernador, que no pudiendo sufrir la generosa libertad con que le hablaban, los envió á la cárcel. Al dia siguiente diez y seis del mes Pérício, ó según los Romanos, el diez y seis de Febrero, vino una orden al Gobernador para formarles su causa, como tambien á Pánfilo, y á sus tres compañeros. Comenzó este por los Egipcios, y procuró como rendir su constancia con todas especies de tormentos, habiendo inventado tambien nuevas máquinas para esto; pero prevaleció ella sobre todos los tormentos. Despues de haber trabajado inutilmente en vencer la firmeza inalterable de estos admirables Christianos, se le ocurrió

rió el preguntarles su nombre: y habló con aquel que era el mas visible de la tropa. Este dixo un nombre de Profeta, porque habian tomado todos uno de ellos, habiendo dexado los que se les habia dado en el nacimiento, que regularmente eran nombres de Idolos. Y así vosotros os hubiérais creído hallaros todavía entre aquellos grandes hombres, con los quales comunicaba Dios tan familiarmente. Había uno que se llamaba Elías, otro Jeremías, el tercero Isaías, los dos últimos Ezequiel, y Daniel. Pero los nombres de estos famosos Israelitas nada habian perdido de su esplendor, y de su santidad en la persona de nuestros ilustres Egipcios, que los honraban así por la pureza de sus costumbres, como por la firmeza de su fé.

36. Habiendo, pues, dicho el Santo Martir el nombre del Profeta, que habia elegido (era el de Elías); Firmiliano le preguntó por su país, y respondiendo siempre Elías en analogía, nombró á Jerusalem (1), entendiendo la Jerusalem Celestial, aquella santa Ciudad de que habla el Apostol á los Gálatas en estos términos (2): La Jerusalem de lo alto es verdaderamente libre, y ella es nuestra Metrópoli: Y á los Hebreos (3):

Vo-

(1) El nombre de Jerusalem era incógnito á Firmiliano, porque desde el Emperador Adriano, que se llamaba Ælio Adriano, y que habia reedificado á Jerusalem destruída por Tito, ésta Ciudad se llamaba Elia, del nombre de aquel que la habia restaurado. Esto es lo que causa aquí la equivocacion. (2) Gálatas 4. (3) Hebreos 12.

Vosotros os habeis acercado al monte de Sion, á la Ciudad de Dios vivo, á la Jerusalem Celestial. Pero el Gobernador, que no tenia pensamientos tan elevados, preguntaba baxo de qué clima estaba situada esta Ciudad, en qué Provincia, y qué número de vecinos tenia. No agradándole la respuesta del Martir, se valió de los tormentos, como de un medio que creyó mas eficaz para obligar á el Santo á decirle la verdad. Volviéronle los brazos detrás de las espaldas, descoyuntáronle los pies con una de aquellas nuevas máquinas de la invencion de Firmiliano. Pero todo esto no le hizo jamás decir otra cosa; y siempre aseguraba que no profería nada que no fuese verdad: que Jerusalem era su patria; que no habia otros que los que veneraban el verdadero Dios, que tuviesen el privilegio de habitar esta Ciudad, y de obtener el derecho de Ciudadanos de ella: que por lo demas, estaba situada al Oriente, y en un país, que tenia la dicha de ser ilustrada, y bañada de los primeros rayos del Sol. Todas estas expresiones eran verdaderas, segun el sentido místico que el Martir les daba. El Gobernador, que estaba bien distante de comprehenderlas, y que lo tomaba todo á la letra, se imaginaba buenamente que los Christianos construían una Ciudad en algun rincon de la tierra para servirles de plaza de seguridad de las persecuciones que se hacian contra ellos: que este sería un lugar de retiro para todos los malcontentos del Imperio, que concurrirían de todas

par-

partes para formar en ella algun partido, y quizá para fortificarse contra la autoridad del Soberano. Esto le ponía en una extrema afliccion, persuadiéndose que era de su obligacion el descubrir esta pretendida fortaleza de los Christianos. Instábale, pues, vivamente al Martir le declarase el lugar del Oriente, en que ésta Jerusalem estaba situada: hasta que en fin, no pudiendo sacar de él otra cosa, le condenó á muerte. Y esta fue la solucion, y fin que el Tirano dió á esta escena. Por lo que toca á los quatro, despues de haber executado con ellos mil crueldades, los conduxo como por otras tantas diferentes sangrientas escenas, á una semejante ruina.

37 Cansado en fin de ver siempre tanta sangre, cuerpos desgarrados, ó quemados, miembros dislocados, ó rotos, y comenzando su furor harto de tormentos, y de suplicios á resfriarse, se volvió hácia Pánfilo, y sus compañeros; y reconociendo en cierta alegría que brillaba en su rostro, que en vano emplearía la violencia para hacerles mudar de parecer, contentóse con preguntarles simplemente si no querían tampoco obedecer á las órdenes del Emperador. Pero ellos respondieron, como generosos Confesores de Jesu Christo, que creen que lo que van á decir debe ser la última señal que le han de dar de su afecto, y de su fidelidad, diciendo que eran Christianos; y los condenó al mismo suplicio que á los cinco Egipcios antecedentes.

38 Entonces, un joven, criado de Pánfilo,

ins-

instruído á presencia de este gran personage, y formado por él en las ciencias, y en la virtud, habiendo oido pronunciar la sentencia de muerte contra su amo, gritó de en medio del tropel: Pues á lo menos, que no se les niegue la sepultura á los muertos. Pero el Gobernador, que merecia mucho menos el título de hombre, que el de bestia feroz, ó si hay todavía alguna cosa en la tierra menos humana que una fiera, no teniendo respeto alguno, ni á la edad de este joven, ni al generoso afecto que mostraba por su señor, sobre la declaracion que hizo de que era Christiano, lo entregó al punto á toda la crueldad de sus verdugos, á los quales encargó mucho que no le tuviesen compasion. Fueron fieles, como acostumbraban, en executar sus órdenes; y mientras que volvian á tomar aliento, Firmiliano le mandó idolatrar; pero rehusándolo hacer el fiel joven, este iniquo Juez mandó comenzar á descargar sobre él, como si su cuerpo hubiese sido un peñasco, ó un ayunque. Y como el Martir, aunque estuviese todo molido, conservase en medio de los tormentos una tranquilidad, la qual desesperaba á este bárbaro, que no podia comprender cómo era posible que no se le oyese ni queja, ni el menor suspiro, le condenó á ser echado en un gran fuego, que no estaba muy distante de allí. Y así, el que no habia entrado en la carrera sino el último, alcanzó el primero el premio. Vosotros, pues, hubiérais visto á Porfiro, porque así es como se

llamaba este admirable joven, como un ilustre Atleta, que sale victorioso del combate; el cuerpo á la verdad, cubierto de sangre, y de polvo, pero con un aire de Conquistador, y aquella noble alegría que da la victoria, pintada sobre el rostro, marchar hácia la hoguera, como hácia un carro triunfal. Vosotros le hubiérais visto conversando con sus amigos, y explicándoles sus últimas voluntades, y sus últimos sentimientos con una perfecta libertad, y una presencia de espíritu maravillosa, que le daba la del espíritu Divino, de que estaba lleno. Aun al mismo tiempo que fue atado al madero, no perdió aquella amable serenidad que brillaba en sus ojos. Y porque la hoguera, en medio de la qual estaba puesto, parecia retirar de él sus llamas, él las atraía con su aliento. En fin, despues de haber llamado en su socorro á Jesus Hijo de Dios, y despues de haber pronunciado por la última vez este adorable nombre, no quiso decir nada mas, guardando por respeto el silencio hasta que espiró.

39 De este modo, pues, fue como combatió, y triunfó Porfiro: y como uno llamado Seleuco, que en otro tiempo habia llevado las armas, hubiese ido prontamente á llevarle la noticia á Pánfilo, se le formó causa de ello. Prendieronle sobre la marcha al mismo punto que se despedia de uno de los Mártires, lo qual le hizo aun mas delinquente, y fue conducido al Gobernador. Este le condenó á muerte, como no queriendo dexar á Porfiro ir solo por el camino de la eternidad. Se-

leuco era Capadocio: habia adquirido mucha reputacion en el servicio, en donde habia entrado desde muy joven: aventajaba á todos sus camaradas en fuerza, y en gallardía, y hacia con una gracia maravillosa todos los exercicios militares: de suerte, que pasaba por el hombre mas bien plantado del mundo, el mas robusto, y el mas habil de todo el Exército; teniendo ademas de esto, una talla, y estatura soberbia, cierta hermosura varonil, que atraía los ojos, y la admiracion de todo el mundo. Desde el principio de la persecucion se habia señalado con la generosa confesion del nombre de Jesu-Christo, la qual le traxo á ser cruelmente azotado. Habiendo renunciado despues la Milicia, se dió á una alta piedad, teniendo cuidado de las viudas, y de los huérfanos, declarándose su protector, y haciéndose padre de ellos, asistiendo á los pobres, y á los enfermos. Esta excelente virtud de la compasion de los miserables, fue la que le adquirió la corona del Martirio; la que le dió á aquel que se complace mucho mas en las obras de misericordia que se le ofrece, que en la sangre, y en el loor de las víctimas que se le sacrifica. Este fue el décimo que padeció la muerte el mismo dia que el bienaventurado Pánfilo entró en la gloria con sus once compañeros.

40 El undécimo fue Teodalo, un anciano venerable de la casa del Gobernador, amado, y querido de su amo, ya por sus canas, y una numerosa posteridad de hijos, nietos, y bisnietos;

ó ya fuese por su fidelidad, y la inclinacion que siempre habia tenido á su persona. No obstante, habiendo mostrado este generoso, y santo varon alguna ansia por Pánfilo, y derramado acaso algunas lágrimas por el estado en que le veía, fue tambien como Seleuco delatado al Gobernador; quien olvidando los servicios que este fiel criado le habia hecho, y la benevolencia con que él mismo le honraba, le hizo crucificar: procurándole, no obstante, con este género de suplicio, el mayor honor que podia esperar, haciéndole morir como el Salvador del mundo.

41 Ya no faltaba mas que uno para acabar el número de doce: Juliano se presentó á propósito para esto. No hacia sino llegar del campo; y como fuese á entrar en su casa, supo que acababan de dar la muerte á once Christianos, y que sus cuerpos estaban aún tendidos en el suelo. Corre allá; y lleno de un santo respeto los besa, los abraza, y no puede retirar de ellos ni sus ojos, ni su boca. Esto era mas que suficiente para hacerle culpable del mayor de todos los delitos. No dexó, pues, de asegurársele, y de conducirlo á Firmiliano, que no desmintiéndose, y sosteniendo hasta el fin el terrible caracter del mas cruel de todos los hombres, le condenó á ser quemado. Juliano saltando de alegría, y dando á Dios mil acciones de gracias por el honor que le hacia de asociarle á esta santa tropa de Mártires, entra alegremente en el fuego, que en poco tiempo hizo de él un holocausto. Era originario

de Capadocia, hombre sincero, intrépido en el peligro, valiente en la ocasion; pero sobre todo animoso, y lleno de espíritu de Dios, de cuya bondad habia recibido una fé pura, unas costumbres arregladas, y unas altísimas ideas, y muy sublimes de nuestra Religion.

42 Al fin, los cuerpos de estos doce Mártires quedaron expuestos á los perros por quatro dias, y quatro noches, habiendo apostado guardas á los alrededores para impedir que los hurtasen los Christianos. Pero como se viese que estos sagrados despojos habian llegado á ser respetables aun á los animales mas carniceros, se hizo retirar á las guardas, y se les permitió á los Fieles el levantarlos, y darles sepultura: lo que executaron con toda la pompa, y del modo mas honorífico que les fue posible en el estado en que se hallaban.

43 En este intermedio llegaron á Cesaréa Eubulo, y Adriano. Venian de Mangana, de donde habian salido con el único fin de venir á rendir sus respetos á los Santos Confesores. Estos fueron como los otros, presos á las puertas de la Ciudad: y habiendo confesado ingenuamente el motivo de su viage, fueron conducidos á Firmiliano, que no los dexó desear por largo tiempo su dicha; porque habiéndolos hecho al principio, segun su costumbre, desgarrar con uñas de hierro, los condenó á las bestias. De este modo dos dias después, esto es, el dia cinco del mes Dister, ó el dia cinco de Marzo, en que

toda la Ciudad de Cesaréa celebraba con grandes regocijos en honor del Genio público, Adriano fue echado á un leon, y despues degollado. Por lo que toca á Eubulo, la gana que tenia el Gobernador de librarle, le hizo diferir su muerte por dos dias, durante los quales le suplicó repetidas veces quisiese ayudarle él mismo, dando adoracion á los Dioses, prometiéndole en este caso la libertad, y la vida. Pero Eubulo, que hacia poca estimacion de estas dos cosas, rehusó el dón que se le quería hacer, y le prefirió una muerte gloriosa, que halló, como su amigo Adriano, en el anfiteatro, donde fue despedazado por las fieras (1), sin que hubiese necesidad de consumarla por medio de la espada.

44 No será fuera de propósito el advertir como de paso á los lectores, de qué manera vengó la Justicia Divina la sangre de tantos Mártires, sobre estos impíos, que con tanta crueldad la habian derramado. Perekieron todos con los tiranos de una muerte funesta, y trágica: el bárbaro Firmiliano acabó miserablemente sus dias por mano de un verdugo.

45 Ya se concluía el séptimo año de la persecucion, y los negocios de la Religion se iban restableciendo poco á poco; tanto, que se toleraba que los Christianos desterrados á las minas de la Palestina, á los quales se dexaba una entera libertad, reedificasen sus Iglesias arruinadas,

Tom. II.

H 3

Y

(1) El dia 7 de Marzo.

(1) El dia 7 de Septiembre.

y edificasen otras nuevas: quando un nuevo Gobernador, habiendo pasado por estos países visitando las plazas de su gobierno, y habiéndose hecho informar del modo de vivir de estos Santos Confesores, ya fuese que se lo hubiesen contado en términos odiosos, ó ya que él tuviese en efecto el alma llena de malicia, lo escribió al Emperador, y se sirvió de unas expresiones tan perniciosas á los Christianos, mezclando en esta infiel relacion tantas denigrativas calumnias, que pocos dias despues llegó allí el Intendente de las minas con una orden verdadera, ó supuesta de este Príncipe, la qual contenía que se separasen en diversas tropas los Christianos que trabajaban en ellas; que se enviase una parte de ellos á la Isla de Chipre, y otra al Monte Líbano; y que los que estaban dispersos en los diferentes Cantones de la Provincia, se encargase á los Inspectores de las obras públicas el abrumarlos con trabajos, y malos tratamientos. Despues este Intendente eligió quatro de los mas principales, y los envió al Oficial General, que mandaba las tropas Romanas en la Palestina.

46 De estos quatro, dos eran Obispos; á saber, Nilo, y Peleo (1): el tercero, llamado Elías, era Presbítero; y Patermutio el quarto, personaje amado, y honrado de todos por sus buenos modales, y su cortesanía. Luego que estuvieron delante de este Oficial, les preguntó, si no querían

(1) El 19 de Septiembre.

rían abandonar su Religion; pero no habiéndole satisfecho de ninguna manera á su respuesta, los hizo quemar vivos á todos.

47 Entre los Fieles que el Intendente de las minas habia distribuído en diversos quarteles, se hallaban muchos á quienes la vejez, ó las enfermedades hacian incapaces de trabajar: púsoseles á estos en un Canton separado, que se les dió para que lo cultivasen. Tenían á su frente al Santo anciano Silvano (1), originario, y Obispo de Gaza. Era este un modelo perfecto de todas las virtudes: todos los Fieles le respetaban con una especie de veneracion religiosa. Desde los primeros años de la persecucion comenzó á dar señales ilustres de la firmeza de su fé; habíalas renovado muchas veces en los diversos reencuentros de la persecucion, y mereció ser como el sello de ella, puesto que cesó enteramente poco tiempo despues de su muerte.

48 Habia tambien allí muchos Egipcios, entre los quales se veía aquel admirable Juan, tan célebre por su memoria. Aunque él fuese ciego, no por eso dexaron en la persecucion de sacarle los ojos como á los demas, y de cauterizarle la parte, despues de haberle cortado el nervio del pie izquierdo con un hierro ardiendo: tanto habia subido la crueldad de los verdugos, que llegó al último grado de ferocidad, que excedía aun á la de los tigres, y de las panteras. Nada

(1) El año de Jesu-Christo 310.

diré de la pureza de sus costumbres, de su modo de vivir arreglado por las máximas de una filosofía muy austera: aunque su virtud le hiciese muy recomendable, no obstante causaba ella menos admiración, que aquella prodigiosa memoria que habia recibido de la naturaleza. Porque en fin, poseía todas las santas Escrituras: no porque la hubiese grabado sobre tablas de piedra, como dice el divino Apostol, ni pintado sobre vitela, ó pergamino, ni trazada sobre papel que roen los gusanos, y que consume el tiempo; sino escrito sobre tablas de carne en su corazón, en su espíritu ilustrado de las luces mas puras, en su alma mas blanca que la nieve; y en una palabra, aprendido toda de memoria. De suerte, que siempre que quería, recitaba con una facilidad admirable los libros enteros de Moysés, los de los Profetas, grandes pedazos de historia sagrada, una parte del Evangelio, y las Cartas de los Apóstoles; y todo esto lo sacaba de su memoria, como de un tesoro de literatura. Por lo que á mí toca, confieso que la primera vez que le ví en medio de la asamblea de los Fieles referir seguidamente muchas páginas de los sagrados libros, con aquella maravillosa facilidad, quedé sorprendido de un modo que yo no puedo explicar: porque siempre habia creído quando le oía sin verle, que leía en el mismo libro, como lo acostumbra hacer el lector. Pero en fin, habiéndome cerciorado de ello acercándome á él, y viéndole sin ojos dar oráculos al

mo-

modo de los Profetas, yo alababa, y bendecía á Dios de esta maravilla: y concluía de aquí, que lo que hace verdaderamente al hombre, no es ni el cuerpo, ni la figura exterior, ni todo lo que le aparece por defuera; sino el conocimiento, el pensamiento, y la inteligencia, que está comprendido interiormente.

49 Pero mientras que estos Santos, de quienes se acaba de hablar, retirados en aquel Canton que se les habia señalado para cultivarle, pasaban los dias, y las noches en los ayunos, en la oracion, y en los demas exercicios laboriosos de la penitencia; les preparaba Dios en el momento mismo unas coronas, que ellos no aguardaban. Porque Maximino, aquel declarado enemigo de los buenos, no pudiendo sufrir que estos estuviesen siempre prontos á combatir, y siempre puestos, digamoslo así, sobre las armas con aquellas continuas oraciones que ofrecían á Dios, se resolvió á quitarlos del mundo como si le fuesen gravosos. Permióle Dios hacer lo que quiso, para que sus siervos alcanzasen el premio de tantos trabajos como habian padecido por su gloria. Y así se les cortó la cabeza á treinta y nueve por mandado de este Príncipe impío (1).

50 Ved aquí quales fueron los Mártires de la Palestina en todos los ocho años que la persecucion duró en ella: primero comenzó por demoler las Iglesias; despues, pasando á los Obispos, y

(1) El dia quatro de Mayo.

al Clero, se estendió por fin á todos los Fieles. En fin, no fue solo en la Palestina en donde hizo tan grandes progresos; llenó tambien de sangre, y de muertes á la Libia, el Egipto, la Siria, y todas las Provincias del Oriente hasta la Iliria. Porque por lo que toca á las que están á la otra parte de allá, como son la Italia, la Sicilia, las Galias, la España, la Mauritania, y el Africa; estas no sintieron el fuego de la persecucion sino los dos años primeros: habiéndola apagado Dios bien presto por su bondad, en aquellas Provincias Occidentales, movido acaso de la grandeza de la Fé, y de la simplicidad de aquellos pueblos.

Sucedió por entonces una cosa, que aun no se habia visto desde el establecimiento del Imperio Romano; porque durante esta persecucion, fue quando este se dividió en dos. El primero contenía las Provincias del Oriente; y el segundo las del Occidente. En aquel los Christianos tuvieron una infinidad de persecuciones que sufrir contra los tiranos; y en este casi siempre gozaron de una profunda paz. Pero en fin el Cielo ya no hizo mas que enviar hermosos, y claros dias, dias de calma, y de serenidad: mudados de repente los Señores de la tierra, revocaron los antiguos edictos; y por nuevas ordenanzas, en que su clemencia no se ostenta menos que su piedad, volvieron la tranquilidad al uno, y al otro Imperio: la libertad á la Iglesia; y los honores divinos á Jesu-Christo.

MAR-

MARTIRIO

DE S. TEODOTO

DE LA CIUDAD DE ANCIRA,

Y DE SIETE VIRGENES.

ESCRITO POR NILO, TESTIGO DE VISTA.

Sacado de Bolando (1).

Año de Jesu-Christo 303, el dia 18 de Mayo.

Quiero dexar á la posteridad eternas señales de mi reconocimiento para con el Santo Martir Teodoto, escribiendo la fiel historia de los gloriosos triunfos de este generoso soldado de Jesu-Christo. Los buenos oficios que he recibido de este amigo, cuya memoria me será siempre infinitamente amable, esperarían de mí, no unas palabras simples, sino aun otra cosa mucho mas real, y efectiva; pero si he de decir verdad, ni los efectos, por grandes que parezcan, pueden honrarle tanto como él merece, ni las palabras brillantes alabarle como es digno. Pero en fin, si yo no quemó en su sepulcro más que un poco de incienso, le ofrezco á lo menos todo quanto

(1) Estando en Roma el P. Papebrochio, Jesuíta, traduxo del Griego al Latin estas Actas, de que Monséñor Leon Allasi, Bibliotecario segundo de la Vaticana, le habia confiado un exemplar manuscrito.